

Historia 21—Ante Herodes

Herodes nunca había conocido a Jesús, pero hacía tiempo que deseaba verle y presenciar su maravilloso poder. Cuando el Salvador fue llevado ante él, la multitud se arremolinaba y presionaba, unos gritando una cosa y otros otra. Herodes ordenó silencio, pues deseaba interrogar al prisionero.

Miró con curiosidad y compasión el pálido rostro de Cristo. Vio en él las marcas de profunda sabiduría y pureza. Quedó convencido, como lo había estado Pilato, de que solo la malicia y la envidia habían llevado a los judíos a acusar al Salvador.

Herodes instó a Cristo a realizar uno de sus maravillosos milagros ante él. Prometió liberarle si lo hacía. Por su orden, trajeron a personas lisiadas y deformes, y le mandó a Jesús que las sanara. Pero el Salvador permaneció ante Herodes como quien ni ve ni oye.

El Hijo de Dios había tomado sobre sí la naturaleza humana. Debía hacer lo que el hombre debe hacer en circunstancias similares. Por tanto, no obraría un milagro para satisfacer la curiosidad, ni para librarse del dolor y la humillación que el hombre debe soportar cuando se halla en una posición semejante.

Sus acusadores se aterrorizaron cuando Herodes exigió de Cristo un milagro. De todas las cosas, lo que más temían era una exhibición de su poder divino. Tal manifestación sería un golpe mortal para sus planes, y quizás les costaría la vida. Por eso alzaron el clamor de que Jesús obraba milagros mediante el poder que le había sido dado por Belcebú, el príncipe de los demonios.

Varios años antes de esto, Herodes había escuchado las enseñanzas de Juan el Bautista. Había quedado profundamente impresionado, pero no había abandonado su vida de intemperancia y pecado. Así que su corazón se endureció más, y por fin, en un festín de ebriedad, había ordenado que Juan fuera muerto para complacer a la malvada Herodías.

Ahora se había endurecido aún más. No podía soportar el silencio de Jesús. Su rostro se oscureció de pasión, y amenazó airadamente al Salvador, quien permanecía inmóvil y silencioso.

Cristo había venido al mundo para sanar a los quebrantados de corazón. Si hubiera podido decir alguna palabra para sanar las heridas de las almas enfermas de pecado, no habría guardado silencio. Pero no tenía palabras para aquellos que solo pisotearían la verdad con sus impíos pies.

El Salvador podría haber hablado a Herodes palabras que habrían traspasado los oídos del endurecido rey. Podría haberle sobrecogido de temor y temblor presentándole toda la iniquidad de su vida y el horror de su inminente condenación. Pero el silencio de Cristo fue la reprensión más severa que podía haber dado.

Aquel oído que siempre había estado abierto al clamor del dolor humano, no tenía lugar para la orden de Herodes. Aquel corazón, siempre conmovido por la súplica de incluso los peores pecadores, estaba cerrado para el soberbio rey que no sentía necesidad de un Salvador.

Airado, Herodes se volvió hacia la multitud y denunció a Jesús como un impostor. Pero los acusadores del Salvador sabían que no era un impostor. Habían visto demasiadas de sus poderosas obras para creer en esa acusación.